

Programa de Formación Permanente

2020 Profetas del Reino

8. El clamor del 'pobre' en los salmos





EL CLAMOR DEL 'POBRE' EN LOS SALMOS

INTRODUCCIÓN

Justicia y pobreza son dos conceptos que discurren de forma paralela en la Sagrada Escritura. Es más, la justicia es la reacción de Dios ante la injusticia en el mundo, ocasionada por la debilidad humana. El Antiguo Testamento insiste en mostrarnos explícita o implícitamente la imagen de un Dios, que de ninguna manera es indiferente ante el sufrimiento, y combate toda forma de exclusión, opresión, abuso de poder y pobreza.

El pueblo de Israel goza y se regocija cuando el Señor actúa contra el malvado opresor, y hace justicia al pobre, humilde, débil e indefenso. Sin embargo, también observa con estupefacción cómo el obrar de Dios contra el injusto no consiste en destruirlo, sino en darle oportunidad de cambio. El pueblo, en más de una ocasión, reacciona con sorpresa y hasta con indignación al constatar que Dios es capaz de amar al malvado y confiar en su transformación existencial¹.

La justicia es la forma como Dios reacciona ante toda acción inhumana, y se distingue del concepto o abstracción de justicia que domina en Occidente, en gran parte legado greco-romano. No es desconocido para la mayoría la representación plástica de la “justicia personificada” en Occidente, heredada de la mitología griega: la diosa Temis aparece como una mujer ataviada con una venda en los ojos, una balanza en la mano izquierda y una espada en la mano derecha. Esta simbología icónica pretende recrear la idea de que la justicia es por naturaleza imparcial. En el AT queda claro que Dios, presentado como el juez justo, es todo menos imparcial. Desde el libro del Éxodo ya se alcanza a atisbar que el Señor “escucha” los gritos del pueblo que ansía la liberación, y no solo escucha, sino que actúa con premura

¹ Cf. J. Sicre Díaz, *Profetismo en Israel*, Verbo Divino, Estella 2005, 356.

para liberar al esclavo del yugo de su explotador. La historia deuteronomista, por su parte, muestra que, a pesar de la constante infidelidad del pueblo, si este se arrepiente, Dios no tarda en actuar en su favor, rescatándolo de la mano de los enemigos cuantas veces sean necesarias.

Los profetas, por su parte, una vez que reciben el oráculo divino, denuncian toda forma de injusticia y corrupción. A través de ellos, Dios anuncia sus oráculos de condena y salvación en favor de los débiles y de aquellos que se convierten. La literatura sapiencial está llena de escenas donde Dios está a favor del que sufre y la justicia, más allá de las prescripciones legales, es instrumento de salvación para aquel que, con sinceridad, busca a Dios (cf. Sb 1, 1; Prov 21, 21; 30, 11-14; Ecl 3, 16-17). A lo largo de los Salmos se encuentran diversas figuras metafóricas que aluden a un Señor que no es sordo, ni ciego, ni imparcial; por el contrario, escucha, ve y no se resiste ante el lamento del afligido. Dios siempre inclina el oído cuando resuenan los gritos de los pobres. Ellos aparecen en el escenario poético en sus diversos matices lexicales, a saber: pobre material, afligido, oprimido sin libertad, explotado, alienado, ingenuo, enfermo, débil por su condición, huérfano y viuda. Solo basta que el hombre camine en la ley del Señor para que encuentre en él la roca firme y el refugio seguro (cf. Sal 118, 1-8).

La justicia de Dios, sin embargo, no es alcahuetería ante las pobrezas que proceden de los vicios humanos, tales como: holgazanería, desidia, insensatez, ignorancia crasa, maledicencia y frialdad. La justicia en la Escritura es una teofanía, que trasciende los textos legales y se introduce en la praxis de Israel a través de los distintos tratados proféticos y sapienciales; de manera especial y directa, en las estrofas de la literatura poética.

1. ESBOZO GENERAL DE LOS “TIPOS DE POBREZA”

El campo semántico del vocablo “pobres” es amplio en el Antiguo Testamento y expresa múltiples situaciones:

- la pobreza por carencia económica, debido a la inadecuada distribución de los bienes, la aparición del latifundio y los impuestos;
- la situación de opresión, subordinación, explotación laboral y esclavitud, causada por unos pocos que ejercen el poder de forma arbitraria;
- el sometimiento, manipulación y alienación de personas ingenuas y humildes por parte de los denominados “injustos” y “malvados”; de quienes se dice tienen pervertido el corazón;

- la marginación experimentada por aquellos que, debido a su condición social, se encuentran en estado de abandono y privados de sus derechos; tal es el caso del huérfano, la viuda y los enfermos.

Se puede afirmar entonces que la literatura veterotestamentaria no utiliza el concepto genérico de “pobreza”, sino que prefiere nombrar las carencias que sufren individuos concretos y, por tal razón, se habla de “pobres” o de “hombre pobre”². Así la injusticia es traída a un primer plano de reflexión.

A lo largo de la Escritura encontramos una serie de pasajes que describen las acciones intrahistóricas que Dios emprende en favor de las víctimas de cualquier forma de pobreza. Tales intervenciones permiten dilucidar que en el Antiguo Testamento hay un proceso pedagógico con el cual el Señor corrige paulatinamente las actitudes negativas de Israel de cara a los pobres³. El modelo pedagógico informa que las víctimas de la injusticia ante la impotencia que experimentan no reaccionan con violencia, sino que buscan y acuden a Dios como su refugio, a quien consideran el único juez justo. Los victimarios (por su parte carcomidos, embriagados de odio y poder) son incapaces de buscar a Dios, y llegan al extremo de negarlo. Esto acarrea para ellos y para la sociedad una serie de consecuencias que marcan cada época de la historia del pueblo, desarrollando una especie de ola de injusticia generacional que desemboca en la crisis de las instituciones israelitas.

Exegetas como Eugenio Lákatos, amparados en los trabajos del célebre arqueólogo e historiador del Medio Oriente, el dominico Roland de Vaux, aluden a tres periodos históricos que dan cuenta del origen de la desigualdad social en Israel y al surgimiento progresivo de los pobres⁴:

- A. Inicio de la desigualdad social en la época del nomadismo. En este contexto histórico cultural, se presenta el primer desnivel económico y social. Aparecen familias con más recursos económicos, que discriminan a aquellas que carecen de igual estabilidad. Surge una primera especie de estratificación de clanes según el número de posesiones, que posteriormente se traduce en términos de poder y dominio. El aumento de ganado de pastoreo en algunos clanes trae consigo la necesidad de siervos y, por ende, la aparición de un grupo poblacional que es considerado inferior respecto de la familia dominante.
- B. Agudización de la crisis en la época de la sedentarización. En un primer momento, el pueblo goza de cierta estabilidad y homogeneidad social. No obstante, la aparición de la monarquía, aquella institución pedida por el pueblo y no querida por Dios, posibilita el desarrollo de la burocracia. Los funcionarios

² Cf. E. Lákatos, “Un pueblo hacia la madurez: sentido bíblico de pobreza”: *Revista Bíblica Argentina* 32 (1970) 227.

³ Cf. E. Lákatos, “Un pueblo hacia la madurez... 227.

⁴ Cf. E. Lákatos, “Un pueblo hacia la madurez... 228.

de la corte propiciaron un marcado elitismo y la diferenciación de segmentos de la sociedad, no solo en virtud de su capacidad económica, sino ocupando escaños más elevados según el nivel de influencia y poder que ostenten. Lo anterior desemboca en la corrupción de las instituciones administrativas, en las cuales funcionarios sin escrúpulos buscan obtener prebendas sin pensar en el interés colectivo, con el subsecuente abuso de poder y búsqueda, no del favor de Dios mediante la observancia de la ley, sino tratando de alcanzar los favores del rey a cualquier precio. En este contexto, las condiciones de riqueza y pobreza son factores de discriminación social. La corrupción se erige en una oportunidad de lograr bienes y favores con menor esfuerzo, y el poder en una forma de abuso, opresión y manipulación. La aparición de latifundios trae consigo la servidumbre y pobreza en el campo. Este ambiente desigual y enrarecido de Israel da lugar a la denuncia incisiva de la injusticia social por parte de los profetas, el recuerdo de la ley y la reflexión sapiencial en favor del pobre como sujeto de derecho, víctima de una sociedad injusta, pero a quien Dios le hará justicia (cf. Dt 10, 18; Sal 5, 9-10; Prov 22, 22-23). La segmentación de clases sociales, la perversión de las instituciones, el culto y la relativización de la ley traerán consigo la división del reino (Judá al sur e Israel al norte) y la inminente desaparición de la nación con la deportación a Babilonia, donde se reflexionará seriamente acerca de las causas del exilio, todas ellas relacionadas con la injusticia.

- C. Crisis y esperanza en el post-exilio. A la experiencia del exilio, al que fue sometido un grupo poblacional, y a la reflexión y relecturas de la historia, que debieron hacer los desterrados en Babilonia, le sigue una época de discernimiento y refundación de las instituciones religiosas, con el objetivo de superar los errores de la ya extinta monarquía. En este periodo se suscita una experiencia peculiar en Israel, a la que Roland de Vaux denomina “espiritualización de la pobreza”⁵. Desde esta concepción, el pobre como sujeto no es únicamente aquel que está limitado por situaciones sociales o económicas, sino aquel que establece una relación especial con Dios, pues en medio de las situaciones extremas de desgracia siempre busca en él su refugio. Este dinamismo estará presente en la crisis de la literatura sapiencial y poética, como reacción a la decadente teología de la retribución (Job, Eclesiastés y Salmos). No necesariamente por ser justo y honesto se logra la prosperidad; y lo contrario: no todos los malvados tienen una vida decadente, los hay con éxito. De esta forma, se comprende que el sufrimiento forma parte de la existencia humana, y siempre habrá la posibilidad de experimentarlo en mayor o menor grado, debido a la fragilidad de la condición humana y, por tanto, no se debe

⁵ Cf. E. Lákatos, “Un pueblo hacia la madurez... 229.

comprender como un castigo retributivo. Los pobres oprimidos que buscan la justicia serán los amados de Dios; en cambio, aquellos ricos y poderosos que explotan y practican la injusticia serán asociados a la figura de los impíos, malvados o necios.

2. EL POBRE, EL MALVADO Y EL JUSTO EN LOS SALMOS

En casi todos los salmos que cantan la nobleza del justo y la bajeza del injusto, queda claro que el primero no pone su confianza en sí mismo, sino que ha logrado un sano equilibrio entre el reconocimiento de sus capacidades y debilidades, y una sincera búsqueda de Dios, en quien confía y a quien tiene por interlocutor y guía en el camino (proceso) hacia el sano ejercicio de la libertad y la relación constructiva que debe establecer con sus semejantes y con el mundo. El justo, al cuidar del pobre tratándolo con dignidad, supera ya todo tipo de injusticia, pues, al amar al humilde, al oprimido, al débil, al huérfano y a la viuda, está amando a Dios.

La característica central que determina a un hombre como justo es precisamente que no confía desmedidamente en sí mismo. En otras palabras, sabe mantener a raya la tentación de la autosuficiencia, que no es otra cosa sino la inadecuada y enfermiza comprensión de la libertad (cf. Sal 4, 2; 40, 4; 78, 21-22; 146, 3). Tal autosuficiencia malsana surge cuando la autoridad, los principios morales y el orden se convierten en un problema. El hombre vaciado de sí, desprovisto de la capacidad de hacer introspección, se asemeja, como bien lo afirma Jeremías, a una “cisterna agrietada que no retiene el agua”; el malvado-injusto es un ser roto, fragmentado, incapaz de dar (cf. Jer 2, 13).

El autosuficiente, sujeto de contraste frente al justo, se ve dominado por el anhelo de poder: ha desvirtuado la finalidad de este y no procura ejercerlo para servir, sino como medio para dominar y someter, lo cual resulta una tendencia claramente aberrante. Es incapaz de darse cuenta de que su corazón ha sido invadido por la corrupción y ha generado en torno a sí un vacío inquietante. Para menguar de alguna forma la desesperante ansiedad, busca apoyo en lo material, a fin de subsistir y no perder el control. Se engaña tras un espejismo de perfección que ha construido aprisa y sin medir consecuencias. Pretende el control absoluto, que todo marche según su voluntad y capricho, no admite ninguna sugerencia y, menos aún, puntos de vista divergentes. Abusa de su posición para cometer todo tipo de iniquidad. El colmo de la degeneración llega cuando es capaz de afirmar desde su corazón, con total desfachatez: “No hay Dios” (cf. Sal 14, 1-3). El inicuo victimiza al pobre, porque este este, con su vida honesta y equilibrada, pone al descubierto la autosuficiencia, miseria y tragedia de aquel.

En la antropología de los salmos hallamos una verdad incontrovertible: todo hombre, en algún momento de su vida, es pobre y, más aún, teniendo como presupuesto la reflexión post-exílica, debe serlo en sentido espiritual. A lo largo de la vida, es posible experimentar la calumnia, la persecución, el rechazo, la marginación, la explotación, el abuso y la carencia material de lo mínimo esencial para una vida digna. La sensación de impotencia es inexorable. La persona se siente totalmente indefensa ante la injusticia que padece o acontece a su alrededor; sin embargo, si es justo, tiene puesta siempre su confianza en el Señor.

2.1. Resonancias del Salmo 9

En el canto de acción de gracias que es el Salmo 9, el orante que asume el papel del justo suplica en favor de tres tipos de pobres: el inocente, el oprimido y el que está en la miseria material⁶. Los menesterosos solicitan la atención de Dios en tres aspectos puntuales. Primero, la necesidad urgente de justicia, reclamando su intervención en la historia. En un segundo momento, que por ningún motivo se olvide de sus gritos. Finalmente, que los levante de la situación de postración para que así puedan gozar de una vida digna.

Un ejercicio interesante, desde la condición de consagrados, sería revisar nuestra capacidad de interceder por el que padece injusticia. No resulta sencillo, porque requiere hacer crisis; es decir, juzgarnos, analizarnos, ser conscientes de nuestro sufrimiento, fragilidad y limitación. Después conviene asumir con responsabilidad el dolor que hemos causado, porque, en ocasiones, la aspereza en el trato aflora en nuestras actuaciones. Estos pasos nos permiten crecer en sensibilidad ante el clamor del que sufre, y ser corresponsables en el ejercicio de la justicia. Por el contrario, la indiferencia y la apatía ante los eventos desafortunados que trae la vida nos ubica peligrosamente en el lugar del hombre injusto, convirtiéndonos en unos mediocres que han deformado su identidad carismática.

El salmo gira en torno al destino del humilde; es decir, de aquel que, por desgracia, es víctima de la saña del malvado que lo hostiga y lo oprime. El salmista se muestra contundente en sus expresiones, porque la desgracia ajena le afecta sobremanera, lo cual habla bien de su salud psicológica y espiritual. Pide que Dios actúe como un vengador (cf. 9, 13) frente a la injusticia cometida. La frase en hebreo es **מְבַרֵךְ שְׂדֵדִים**, que literalmente se traduce como “el buscador de sangre”, como aquel que venga ante la incapacidad de otros. En el versículo 16 informa sobre el destino de los malvados: “Cayeron en la fosa que hicieron”; y el versículo 18 canta que “regresaron al abismo”, literalmente **לְאֵשׁ**, situación delicada, porque el Sheol es la muerte, allí no hay posibilidad de alabanza, desaparece el amor. Según el salmo, solo este destino puede contener la iniquidad desatada por la corrupción del

⁶ Cf. G. Ravasi, *I Salmi*, EDB, Bologna 2015, 221.

corazón. De hecho, el inicuo vive en la tierra como si estuviese en el Sheol, ya que la crudeza de su proceder inhumano lo aleja cada día de Dios. Es más, llega a incomodarle la presencia de Dios. El que sufre está completamente sometido, se encuentra a merced del mal, no tiene fuerzas para resistir y, sin ayuda, le esperaría la muerte. El sufrimiento no espera, no sirven las buenas intenciones. Si se quiere asumir la causa de la justicia y la defensa de las víctimas, es necesario actuar con prudencia para no generar más violencia. Hay que tener en cuenta que los salmos son poesías repletas de imágenes dramáticas que pretenden generar eco en la conciencia de quien recita y escucha. Lo prioritario consiste en no ser cómplice del silencio, en no contribuir a acallar los gritos del pobre, en hacer lo posible e imposible en orden a visibilizar al que sufre.

El protagonista indiscutible es Dios, caracterizado antropomórficamente como juez justo. Es tal vez la imagen más representativa de Yahvé en el salterio. En cada estrofa aparecen diversas figuras literarias, entre metáforas y símiles, con las cuales se ahonda en la naturaleza del Señor y su justicia: “refugio”, “fortaleza y “defensa”. El sufriente tiene la certeza de que de Dios se pueden esperar todas las garantías y seguridades⁷. Ante tal despliegue de compasión, al pobre oprimido solo se le exige una actitud comprometedor e ineludible: conocer el nombre del Señor (cf. 9, 11). Aquellos que conocen el nombre tienen asegurada de forma inmediata su protección. “Conocer el nombre del Señor” equivale, entre otras cosas, a recordar la teofanía del monte Horeb, cuando Dios revela su nombre a Moisés y se presenta como aquel que, por naturaleza, es fiel y, con su poder, está dispuesto a rescatar al pueblo que clama justicia. Ser sujeto pasivo de la revelación del nombre comporta también estar dispuesto a asumir un propósito en la vida, de la misma forma que Moisés emprendió con coraje un nuevo itinerario.

El nombre de Dios no es solo un recuerdo o un denominativo de la divinidad. Prácticamente define buena parte de la teología del Antiguo Testamento, porque el israelita fiel y temeroso de Dios cree, canta, ora, se compromete, espera, santifica la vida y combate con tenacidad, porque presupone el nombre de Dios⁸. Cuando el pobre oprimido conoce el nombre del Señor, tiene la capacidad de invocarlo en todo momento y lugar, en tiempos de paz y de conflicto, y especialmente cuando sufre las acciones premeditadas del injusto⁹.

El conocer conlleva una acción de movimiento: buscar a Dios. No solo invocarlo, sino buscarlo constantemente en la historia intramundana, en los pliegues de la cotidianidad, y esto exige gran sensibilidad espiritual. El nombre de Dios imprime novedad a todas las cosas. De ahí la importancia de conocer su nombre,

⁷ Cf. I. Carbajosa, *Salmos I*, BAC, Madrid 2018, 60.

⁸ Cf. H. van den Born y S. de Aulsejo, “Nombre de Dios”: *Diccionario de la Biblia*; Herder, Barcelona 1342.

⁹ Cf. I. Carbajosa, *Salmos I... 60*.

invocarlo, recuperar la capacidad de sorprendernos y maravillarnos ante lo aparentemente simple, pues, detrás de cada suceso, la discreción del Señor de la historia se hace presente. Teniendo en los labios y en el corazón (sede de los afectos y del pensamiento) aquella palabra de bendición y poniéndola por obra, es decir, haciendo el bien, atentos a las voces de dolor, evitando toda forma de violencia y corrupción, es posible vivir como hijos, y experimentar y predicar la felicidad, porque en Dios está el epicentro de toda alegría¹⁰.

El justo que conoce el nombre de Dios ha sido afectado para bien en todas sus dimensiones¹¹ (emociones, inteligencia y voluntad), y actúa en consecuencia con la presencia del Señor en su vida. Por eso, es capaz de vivir en clave de agradecimiento, puede alabar con gozo, y está reconciliado con su historia personal, porque el conocimiento de Dios produce como efecto la unificación de la persona. Tal vez esta es la característica más dicente e importante del justo. La unificación le hace un ser benévolo y con entrañas de humanidad, todo lo contrario del injusto, que carece de unidad integral, vive descentrado en un conflicto creciente consigo mismo e insatisfecho. Esta situación resulta favorable para la violencia interior y exterior.

El religioso que busca y pretende obrar como un justo debe ser dócil a la acción de Dios para alcanzar el conocimiento, pero, al mismo tiempo, trabajar para lograr la integridad personal y evitar a toda costa la fragmentación de su personalidad, que tarde o temprano degenera en caos. La unión con Dios implica el autoconocimiento y la unidad con uno mismo.

2.2. Resonancias del Salmo 12

Es una súplica de carácter universal, compuesta para los orantes de todo tiempo y lugar, como bien lo atestigua la expresión hebrea בְּנֵי אָדָם , que se traduce por: “Hijos del hombre”; es decir, la humanidad. El orante reflexiona en el contexto de la condición humana y en ella se focaliza la fragilidad. Hay una preocupación generalizada: “Se acaba la gente de bien”. Y lo que sigue no es más alentador: se extinguen la lealtad y la sinceridad entre los hombres que quedan. El horizonte es oscuro, predomina la zozobra y el pesimismo, porque parece abundar la falsedad, la hipocresía, la doblez de corazón y el peligro latente de que el mundo quede en manos de personas con doble personalidad.

En este contexto de una sociedad donde predomina el caos y la crueldad¹², el oprimido no sufre exclusivamente por las condiciones económicas, sino por la plaga de la mentira y la difamación. Los derechos de muchos son vulnerados, y se comete infinidad de injusticias por causa de una lengua llena de perfidia. Hay un

¹⁰ Cf. Á. Aparicio, *Salmos 1-41*, DDB, Bilbao 2005, 107.

¹¹ Cf. Á. Aparicio, *Salmos 1-41*... 108.

¹² Cf. E. Zenger, *I Salmi 1*, Paideia, Brescia 2013, 157.

empobrecimiento social más peligroso que el material, no existe el respeto, y se vulnera de manera flagrante y sin causa la integridad moral del prójimo. Toda forma de injusticia que surge de la calumnia y provoca la exclusión del inocente es una negación práctica de Dios. Nunca está de más vigilar nuestras palabras y expresiones, porque en ocasiones somos prontos para juzgar y, a lo mejor, podemos estar transitando por el peligroso camino de la palabra hiriente y tendenciosa, que no tarda en ocasionar una injusticia. Es fácil recitar los salmos en la mañana, alabar a Dios con cantos, creerse el “gran evangelizador” y, a media mañana o a mediodía, destruir con tres sentencias la honra y la dignidad del hermano. Esto no es más que el reflejo de la incoherencia y de un grave problema de personalidad, porque, si somos imagen de Dios y Dios es la verdad, cuando la crítica malsana y la falsedad se apoderan del corazón, desplazan a Dios, e inmediatamente empezamos a ser sujetos de la mentira y nos deshumanizamos.

2.3. Resonancias del Salmo 14

El salmista abre el hemistiquio del primer verso con una frase perturbadora: “No hay Dios”. En el colmo de la vaciedad, de la inmoralidad y de la irreflexión, el necio niega a Dios, porque ya no puede fingir más, y su ateísmo práctico resulta evidente. En la vida de fe del pueblo de Israel solo hay dos posibilidades desde la reflexión poético–sapiencial: buscar a Dios y encontrar la verdad, la justicia y el sentido de la vida, o negarlo y caer en el sinsentido. El que busca pretende asistencia y protección, no le angustia la presencia de Dios. Aquel que niega siente a Dios como un estorbo para su inmoralidad y para sus planes de dominio y sometimiento¹³. El salmo no es una súplica: pretende una exposición acerca de la maldad en el mundo¹⁴. El pobre no solo es víctima de un individuo, sino también de una superestructura de pecado, que pretende normalizar la corrupción, aparentar estabilidad, distorsionar la verdad y acallar o invisibilizar al que no se somete o pone en riesgo la ambición de los malvados, quienes en muchos casos venden la idea de que Dios se ha desentendido del mundo¹⁵, de que no existe o de que es posible vivir al margen de él y, por tanto, sugieren sutilmente que hay que comportarse como a cada quien le parezca. Todo lo anterior bajo el ropaje de pseudolibertades.

La expresión “no hay Dios” significa el total desprecio por la vida como don y, por ende, la máxima corrupción¹⁶. El explotador no tiene ningún escrúpulo a la hora de causar sufrimiento, porque carece de empatía. Los salmos adelantaban en párrafos anteriores que su corazón está fragmentado, que su pensamiento y

¹³ Cf. L. Alonso Schökel y C. Carniti, *Salmos I*, Verbo Divino, Estella 2002, 274.

¹⁴ Cf. J. Goldingay, *Psalms 1-41*, Gran Rapids 2006, 212.

¹⁵ Cf. J. Goldingay, *Psalms 1-41... 212*.

¹⁶ Cf. I. Carbajosa, *Salmos I... 76*.

emociones están rotos. El peligro para el ingenuo e inocente es enorme, y solo la confianza en el Señor de la vida y la apropiación y praxis de los mínimos éticos y morales para vivir en sociedad lo pueden preservar de la iniquidad. Descartar a Dios de la vida cotidiana puede conducir a un mundo perverso, carente de moral, misericordia y sensibilidad. El justo no puede descuidarse, porque, cuando se produce una separación entre la experiencia de fe y las actitudes en el acontecer de cada día, inmediatamente surge el “ateísmo práctico”, mil veces más nocivo que el teórico. Cuando este tipo de ateísmo acontece en el interior de la vida religiosa, aparecen los consagrados con la denominada “agenda oculta”, que esconden sus oscuras falencias detrás de una rígida piedad, tal vez para calmar el desasosiego que les produce el caos interior que ya no pueden controlar. La manipulación y la no aceptación de su realidad los convierte en aquellos sujetos a los cuales los libros sapienciales denominan el “necio” o el “terco”, y son los únicos de los cuales se dice en los Proverbios (cf. 15, 7-10) que todo su actuar es abominable a los ojos de Dios.

2.4. Resonancias del Salmo 18

A diferencia de la penumbra con que se iniciaba el salmo anterior, aquí todas las estrofas se iluminan con el primer verbo, que resuena en toda la poesía. Se trata del verbo hebreo אהב asociado muchas veces a la compasión; pero, en la forma de conjugación¹⁷ con que aparece en esta estrofa, significa “amar”. Por primera vez se utiliza esta forma del verbo teniendo a Dios “como el objeto del amor y no prodingándolo”¹⁸, como sucede generalmente. En este caso, el sujeto es el salmista, que siente amor desde las entrañas por el Señor; el orante es un justo, porque alguien con un amor así es incapaz de dañar. Es una emoción que supera el sentimiento y se traduce en servicio desinteresado. Dios responde con una cálida acogida, la misma que otorga al débil que lo busca. En este salmo, los enemigos no cuentan, no hay nada que temer; el orante se une a Dios y se entrega totalmente a él; los enemigos parecen desvanecerse, pues nada pueden con quien ama con todas sus fuerzas a Yahvé. Ni siquiera debe preocuparse por defenderse. La seguridad que Dios le otorga basta para superar las asechanzas de los malvados en todas sus dimensiones.

El salmista parece sugerir que, aun en medio de peligros que superan las capacidades humanas, cuando el panorama es desolador y hostil, nada habrá que temer. De Dios vendrá el auxilio. Pero no a través de intervenciones extraordinarias, que alteren la libertad y el orden natural. La fe suscita en el que suplica la capacidad

¹⁷ Conjugación Qal: es un tipo de conjugación hebrea que, como las demás, no expresa temporalidad, sino aspectualidad. Con los verbos estativos como אהב en perfecto, se traduce en presente. El salmo 18, 2 es de los pocos casos, según el *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* de E. Jenni y C. Westermann (Cristiandad, Madrid 2007), en que este verbo adquiere el significado de ‘amar’, variación semántica procedente tal vez de un aramaismo.

¹⁸ Á. Aparicio, *Salmos 1-41...* 183.

de intuir peligros y evitarlos, o la fuerza psicológica para sobreponerse y enfrentar las aguas torrenciales de la violencia con la no violencia, con astucia e inteligencia, desarticulando de esta forma la dialéctica del odio y de la respuesta airada. Hay enemigos que avanzan a hurtadillas, y resultan más peligrosos que aquellos que vienen de fuera. Son los enemigos que atacan desde dentro, como el egoísmo, la ambición desmedida y el rencor. El justo no está exento de estos sentimientos dañinos; sin embargo, respetando al máximo la libertad, solo Dios puede hacerle consciente de tales tendencias y posibilitar que las supere. Él es quien arroja luz en nuestro interior como una lámpara para que podamos conocernos y, de cuando en vez, saquemos fuera lo que no cuenta y sobra, de forma que caminemos con más fluidez y seguridad.

El pobre que suplica en el momento de peligro debe tener como premisa fundamental que la salvación y refugio provenientes de Dios requieren el reconocimiento de la propia limitación y la necesidad de la ayuda. Sin esta base, siempre habrá clara oposición de orgullo y arrogancia, tanto para dejarse ayudar como para prestar ayuda al sufriente. La solidaridad de Dios actúa en el que suplica, siempre y cuando sea capaz de contener la violencia interior. De igual forma, la solidaridad con el prójimo exige previamente desarmar el corazón.

Una forma espiritualizada y positiva de la pobreza es aquella donde el sujeto se siente necesitado de Dios. Alguien así puede hacer frente con más facilidad al flagelo de la autorreferencialidad, porque nunca se considera superior o inferior a nadie. Tiene un sano amor hacia sí mismo. Es capaz de reconocer sus diferencias, y de distinguir también la diversidad que supone el otro. El resultado es la auténtica y sana convivencia, sin rechazar, excluir y, mucho menos, pretender dominar.

2.5. Resonancias del Salmo 40

El salmista parece estar frente a un lienzo, dispuesto a plasmar una historia donde el “humilde lo ha esperado todo de Dios”. Esperanza contra toda desesperanza. Atravesaba una dura tormenta en su vida, sentía que se hundía en el fango, pero el Señor lo escuchó y lo liberó de su aflicción. Dios parece borrar de la vida de este humilde todo mal, todo pecado¹⁹. Su vida renace de nuevo, y todo resto de dolor queda en el olvido. Ahora solo permanece la alegría de haber sido tocado y transformado por el Señor, que no le echa en cara su pasado y ve en este pecador un hombre con infinitas posibilidades de realizarse en el presente.

La representación metafórica de un Dios que se inclina para escuchar, es decir, que centra su atención en los gritos, describe a un Señor que, al mismo tiempo que escucha, libera²⁰. En el pensamiento de Dios ya está la iniciativa de salvar incluso antes de escuchar el grito. La seguridad está garantizada con la metáfora de la roca

¹⁹ Cf. G. Knight, *Psalms I*, The Daily Study Bible Series, Louisville 1982, I, 191.

²⁰ Cf. Á. Aparicio, *Salmos 1-41*... 383.

sólida. Los pies del pobre están firmes; es decir, este puede asumir la vida con tranquilidad, dejando de lado las inseguridades. Aquel verbo שמע ("escuchar") es un verbo deóntico²¹, de finalidad, que, por su aspectualidad, indica una acción cumplida de forma puntual: escucha y libera al mismo tiempo. Así como Dios está presto para escuchar, el humilde debe tener un oído abierto²², no solo para oír, sino para comprender las palabras de Dios, lo que él desea que hagamos. El escuchar es vital para el humilde, porque está asociado al conocimiento; especialmente, a la sabiduría que es el arte de vivir correctamente.

Dios está dispuesto a rescatarnos de las esclavitudes del pecado. Hay entonces que afinar el oído para oír su voz, y la mejor forma es el silencio externo e interno. El que Dios escuche al hombre en medio de sus luces y sombras debe llevar a la acción de gracias, no solo de palabra y con ritos, sino haciendo uso de todas las capacidades para ayudar a liberar a otros de sus dificultades, cualesquiera que estas sean. El amor de Dios ha de ser difusivo y sin exclusión. Así como liberó al pobre de perecer en la "charca fangosa", todo creyente debe estar atento a escuchar y actuar ante el gemido del pobre.

La pobreza como carencia de alegría es otra de las sutiles insinuaciones de este salmo. Dios puso un canto en la boca del orante, y muchos quedaron sobrecogidos. Si Dios es capaz de motivar una canción en boca de un sujeto que la recibe de forma pasiva, es porque Dios sabe de música, le agrada la melodía del canto. Es una imagen plástica cargada de antropomorfismo y desconcertante, porque en la Escritura son comunes las descripciones de un Dios escuchando, hablando, salvando, creando, pero no de un Señor que canta. Esto solo puede significar que, cuando auxilia, es feliz. Estamos ante un Dios de la alegría, que desea sobremanera contagiarnos de ella para que superemos, en esta ocasión, una pobreza negativa como ausencia de bienestar. Una vez obtenida la felicidad, es necesario vivirla, compartirla y hacerla presente en el mundo. Esta es la espiritualidad de comunión: aquella que proviene de un Dios del canto y de la danza, que sabe transformar la fatalidad en alegría²³.

2.6. Resonancias del Salmo 68

Es un himno de victoria. El pueblo celebra el nombre de Dios. No se trata de un dios desconocido ni proyectado²⁴ a partir de carencias personales. Yahvé es el señor que ha entrado en la historia, y decidió libremente comunicarse a un pueblo

²¹ Verbo Yiqtol. En este caso tiene un valor aspectual de pasado, fenómeno típico en una oración circunstancial con idea de simultaneidad y contemporaneidad, que comporta un fin. Cf. T. Muraoka y P. Joüon, *Gramática del hebreo bíblico*, Verbo Divino, Estella 2009, 385.

²² Cf. G. Knight, *Psalms I...* 103.

²³ J. L. Ska, *L'argilla, la danza e il giardino. Saggi di antropologia biblica*, EDB, Bologna 2011, 28.

²⁴ Cf. I. Carbajosa, *Salmos I...* 489.

transhumante. A eso se debe el regocijo. Nuevamente la alegría se hace presente para desterrar la pobreza de la amargura y desolación. En el salmo, el Señor se revela como el Padre de huérfanos, defensor de viudas y aquel que procura un hogar para los indefensos. Ningún sector de la sociedad le es desconocido e indiferente. Siempre atento al devenir de la historia de los hombres, no solo auxilia en el peligro, sino que también repara las pobreza. Nos corresponde levantar la voz ante las miserias, desigualdades, opresiones; pero también urge ir más allá y dinamizar mecanismos, gestionar ayudas y promover grupos operantes de solidaridad para ser catalizadores de Dios en la superación de las pobreza de nuestro entorno: casa, ministerio, sociedad, independientemente del credo que profesen quienes sufren. Desmontar la élite espiritual²⁵ es una forma de combatir la indigencia. Al fin y al cabo, Yahvé se presenta como el Padre de todos los “pobres” del mundo, y la pobreza es la oportunidad para encontrarse con él cara a cara sin morir. Es un espacio teofánico privilegiado.

El salmista comunica en la estrofa de 68, 20-21 una intuición bastante profunda: “¡Bendito sea el Señor día tras día! Él nos alivia, Dios es nuestra salvación. Nuestro Dios es un Dios salvador, el Señor nos hace escapar de la muerte”.

Al expresar poéticamente aquello que reside en su corazón y no puede contener, el autor nos informa que ha percibido la presencia y la actuación de Dios cerca de él; un Dios discreto, lo cual no es impedimento para que, durante el trajín diario, nos ayude a sobrellevar las angustias, decepciones, tristezas y necesidades. Es vital nuestra presencia al lado del que sufre, acompañando en silencio cuando las circunstancias lo exigen, generando momentos de gozo, porque el justo debe aprender a dar gracias no solo de palabra y de obra, sino con sentimientos de generosidad, alegría, incluso con buen humor, actuando con discreción, pero encarnando como “vicarios divinos” al Dios de la historia, haciendo palpable la conclusión del himno:

“El Dios de Israel da fuerza y poder a su pueblo.
¡Que Dios sea bendito!”.

2.7. Resonancias del Salmo 72

Los salmos son fuente inagotable de experiencias de todo tipo. El salmo 72 nos habla de una de las instituciones más polémicas de Israel y detonante de la crisis del pueblo: la monarquía. El poema quiere hacer una especie de reminiscencia de la época dorada de Salomón. Cada estrofa nos conduce a sopesar el reinado de la fragilidad humana del aquel rey tenido por sabio frente al reinado de Dios, siempre fiel, firme y duradero. Se pide a los justos que manifiesten de palabra y de obra aquel reino de Dios, que no es otra cosa que la presencia misma del Señor en la

²⁵ Cf. G. Knight, *Psalms I...* 305.

historia. Este reino no se puede construir; pero sí se puede orar y asumir actitudes concretas para que se instaure en todas las instancias religiosas, humanas políticas y sociales del pueblo. Tales actitudes guardan estrecha relación con aquellas sabias peticiones que demanda Salomón: por un lado, la capacidad de saber discernir con hondura para juzgar con rectitud; y, por otro, ejercer el gobierno como servicio, fomentando en todo tiempo y lugar la paz como consigna personal y nacional²⁶.

El reinado de Dios busca el rechazo de toda forma de violencia, porque esta fue la que desencadenó la tragedia fratricida y diluviana del Génesis. En segundo lugar, aquel reino procura que la paz se sostenga en los cimientos de la justicia de Dios, que obviamente difiere de la lógica humana, a veces cuestionable. El justo debe promover las condiciones primordiales para que el reinado de Dios se entretaja con los hilos de la sociedad: canalizar la violencia, proteger los derechos de los humildes, oponerse a la explotación, evitar a toda costa la corrupción, denunciarla y tomar distancia del mercantilismo que puede llegar a contaminar la vida de las comunidades y corromper sus apostolados deformando el ideal carismático.

El salmo informa acerca de otros tipos de pobreza: la falta de habilidad, la carencia de salud física, la debilidad de carácter. También hay que tener en cuenta la estrechez mental y el conformismo. Estas pobrezas no son insuperables, pero sí son objeto de explotación por parte de algunos que desean alcanzar el éxito a toda costa, u obtener provecho del sufrimiento ajeno mediante la manipulación y la violencia psicológica. En ocasiones, no se tiene en cuenta el sufrimiento que estas carencias pueden acarrear a quienes las padecen. Es necesario que la acción del reino de Dios, en la cual los justos creyentes participan como cooperadores en el mundo, se extienda de manera efectiva a estos pobres, porque también sus gritos son escuchados, y el Señor apela a las buenas conciencias para hacer justicia.

Algunos salmos como este alivian la angustia de los sufrientes, dejando claro que los males que padecen no son un castigo generacional por el mal proceder de los antepasados. Se supera así la teología de la retribución. Incluso la prosperidad adquiere otra lectura, porque tampoco es producto de retribución alguna: se logra por esfuerzo personal, trabajo constante y disciplina. A pesar de ello, la búsqueda de la prosperidad sin principios morales puede ser el detonante de injusticias muy comunes en nuestra época, donde a las personas se les enseña que alcanzar el éxito va de la mano de la felicidad. Este postulado es totalmente falso y peligroso, porque muchos sin la moral que ya fue mencionada son capaces de atropellar al prójimo para obtener un bienestar egoísta, desencadenando una serie de eventos desastrosos para el pobre, débil, ingenuo y enfermo. El justo, el hombre de bien, debe levantar la voz y enseñar hasta la saciedad que el bienestar es auténtico y duradero cuando

²⁶ Cf. I. Carbajosa, *Salmos I...* 520.

se comparte con el que necesita y se abren escenarios de promoción humana y dignidad.

2.8. Resonancias del Salmo 74

Hallamos otra pobreza, la de una colectividad que sufre la violencia de la guerra. Ha sido devastado. Le han quitado sus instituciones, sus derechos y libertades. Es una lamentación comunitaria. Sin el templo, centro de la fe, su identidad se halla en riesgo. Sienten que Dios les ha abandonado a su suerte y por eso claman: “¿Acaso ya no somos ovejas de tu rebaño?”. Este grupo humano está aturdido y no terminan de comprender la actuación de Dios, su lógica.

El salmista, como portavoz, se hace eco de los sentimientos del pueblo y de su abatimiento. Se siente inerme frente a la vida y la adversidad de la historia. Llega al absurdo de enojarse con Dios. Se constituye así un tipo de pobreza existencial que a lo mejor cada persona la experimenta en algún momento: la orfandad por parte de Dios, que no consiste en dudar de su existencia, sino de su presencia en medio de las vicisitudes; dudar, en definitiva, de su misericordia. Una orfandad que se equipara a la incapacidad de recordar y reconocer la fidelidad de Yahvé. Esta pobreza tiene una ventaja: conduce a la crisis, evita el conformismo y el letargo. El salmista, en nombre del pueblo, grita a Dios, se enfrenta a él al mejor estilo de Job, que demuestra que discutir con Dios no es un problema. El auténtico problema es silenciarse frente a él. En realidad, pelear con él es una forma de hacer oración. En medio del conflicto siempre se descubre su auténtico rostro en lo más denso de la tormenta.

La pobreza de sentirse necesitado cada vez más de Dios es una oportunidad para crecer, reconocer la fragilidad de nuestra condición creatural y ansiar su presencia, que se hace patente de manera intrahistórica en el prójimo. Hacer introspección y ser conscientes de los matices y claro-oscuros que hay en nuestra vida interior y reconocerlos son el primer paso para dar un salto de la condición de pobre al estatus de justo. Este es aquel que, reconociendo sus carencias, tiene la capacidad de extender la mano al afligido, sin temor a generar un caos mayor y con la honestidad de quien conoce sus límites.

ANDRÉS ZAMBRANO RODRÍGUEZ, OAR

*Uniagustiniana
Bogotá (Colombia)*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA